

EL GÉNERO NEGRO

DE LA MARGINALIDAD A LA NORMALIZACIÓN

ÀLEX MARTÍN ESCRIBÀ y JAVIER SÁNCHEZ ZAPATERO
(eds.)

INTERTEXTUALIDAD, HISTORIA E IMAGINACIÓN EN LAS AVENTURAS DE ALFRED Y AGATHA

Agustín REYES TORRES

Universitat de València

La gran diversidad que el género negro presenta, y que tanto se ha desarrollado en las últimas décadas, demuestra el éxito de su fórmula narrativa y, sobre todo, su versatilidad. Tanto si el interés se centra en la trama o el misterio que debe ser investigado, en el contexto histórico-social donde se origina la intriga, en los rasgos peculiares del detective, en el comportamiento de los personajes o en desvelar la identidad del criminal, podemos definir el género de las novelas de detectives como un género literario “sin límites”: las mismas convenciones no solo son compartidas y ajustadas a las circunstancias geográficas, políticas y culturales de cada país sino que, además, tienen la capacidad de atraer a cualquier tipo de lector y adaptarse a los objetivos de cada escritor. Así se pone de manifiesto en la serie de novelas creada por la escritora Ana Campoy titulada *Las aventuras de Alfred y Agatha*, que puede considerarse una introducción al género negro para jóvenes lectores.

Esta colección que cuenta con siete novelas a día de hoy adopta la fórmula detectivesca convencional como forma narrativa y ficcionaliza la infancia de los célebres Alfred Hitchcock y Agatha Christie que aparecen convertidos en niños de 10 o 12 años y en detectives. Nos encontramos en Londres a principios de Siglo XX, y Alfred y Agatha son amigos que en su tiempo libre se dedican a resolver los misterios que ocurren a su alrededor. Es interesante que entre los muchos casos que tienen que resolver, aparecen personajes de la talla de Sir Arthur Conan Doyle, Bram Stoker, el arqueólogo Howard Carter, Thomas Edison y otros muchos igual de peculiares. Todo estos ingredientes junto con la fiel representación de un contexto histórico londinense marcado por las carreras de caballos, el hundimiento del Titanic, el Museo británico y las visitas a las momias egipcias convierten esta colección infantil en una serie de novela de detectives llena de suspense que además de resolver distintos misterios contribuye a desarrollar el imaginario colectivo de sus lectores debido a su intertextualidad, su aportación cultural, y quizá, pero más cuestionable, su valor educativo. La pregunta inicial que debemos hacer, sin embargo, es ¿a quién va realmente dirigida la colección? ¿a los adultos o a los niños?

La publicidad a modo de reclamo que aparece en la sobrecubierta trasera de cada libro y también en su página de internet dice así:

¿Qué habría ocurrido si dos colosos del misterio como Alfred Hitchcock y Agatha Christie se hubieran conocido de niños? ¿Qué aventuras habrían vivido? ¿Qué sorprendentes casos habrían resuelto juntos? Las aventuras de Alfred y Agatha nos muestra cómo podría haber sido la amistad de infancia de los dos maestros del suspense más importantes de nuestro tiempo.

Seguramente, todo lector coincidirá en que la idea y las preguntas son sugerentes. No cabe duda de que todos los aficionados a las novelas de misterio en algún momento hemos visto y leído, y disfrutado, con las obras de estos grandes autores. Pensar que pudieron haberse conocido y que jugaban a ser detectives contribuye a acrecentar el imaginario colectivo que forma parte del mito y la memoria que rodea a estos autores. La ficcionalización de su infancia se convierte así en lo que en la década de los sesenta, el filósofo francés, Edgar Morin, presentó como la teoría del imaginario colectivo, por la cual existen continuas transferencias y proyecciones del mundo imaginario que pasan a ser parte del mundo material. Son proyecciones que se convierten en un producto de la “mente” social colectiva que es alimentada tanto en su dimensión real como en su dimensión imaginaria. Así, estas “representaciones fantasiosas” de la realidad —a mí personalmente me gusta más usar el término “ficcionalización”— llegan a trascender las mismas circunstancias que se han producido en el mundo real y a adquirir la fuerza y la belleza del mito, y se convierten en un producto de consumo. Porque, en realidad, ¿no es esto lo que ha hecho la escritora Ana Campoy? ¿Tendría el mismo éxito de ventas esta serie si sus personajes no simularan la infancia de A. Christie y A. Hitchcock?

En una entrevista disponible en su página web la autora confiesa que la idea de escribir estas novelas surgió a raíz de leer el libro de François Truffaut, *El Cine según Hitchcock* (1967). En él, Hitchcock cuenta una anécdota suya de la infancia cuando con solo 4 o 5 años su padre le mandó a la comisaría local con una nota pidiendo que lo encerrarán en una celda debido a sus travesuras. Parece que el comisario, divertido, así lo hizo, y lo tuvo en la celda durante 5 o 10 minutos. Esta anécdota es parte de la primera novela, *Los diez pájaros Elster*, en la que Alfred y Agatha se conocen por primera vez. Ana Campoy, de esta manera, aprovecha la biografía de Hitchcock como persona famosa para ficcionalizar su infancia e incorporar ésta al imaginario colectivo de lo que fue su vida.

Pero volvamos a la pregunta inicial: ¿a quién va dirigida en realidad esta colección? Si bien, en teoría, son los niños los lectores potenciales, no cabe duda de que, en la práctica, somos los adultos quienes tomamos la decisión de comprarlos en base a la curiosidad que nos suscita. Ciertamente, el reclamo de los libros no va dirigido a los niños. Está pensado para atraer al adulto. Una vez que nos incitan a pensar en la infancia de estas célebres figuras, lo que deseamos saber, al igual que en cualquier obra literaria, es cómo Ana Campoy concibe y elabora la narración de las aventuras infantiles de Alfred Hitchcock y Agatha Christie como jóvenes detectives. ¿Cuál es su interpretación? ¿Cómo son representados? ¿Cuáles son los rasgos de su personalidad que los definen? ¿Cómo llevan a cabo sus investigaciones? ¿Cómo era el mundo y la sociedad en la que vivían? ¿Cómo se desenvolvían en él? Paradójicamente, esta es la parte que los adultos podemos apreciar y que los niños ignoran al no ser conscien-

tes de la fama y la repercusión que sus protagonistas tuvieron posteriormente, durante su etapa adulta, en la vida real. La otra pregunta que de momento no podemos responder es si la influencia de la serie llevará a los jóvenes lectores a interesarse después por las novelas de Agatha Christie y las películas de Hitchcock.

De esta manera, y como también cabe esperar, el contexto histórico de fondo constituye una parte intrínseca del argumento de cada una de las novelas de la serie y es aquí donde se puede apreciar el trabajo de la escritora para urdir una trama verosímil en la que fechas, acontecimientos históricos y personajes coincidan. Este artículo se centrará en lo que es de momento la última novela de la serie, *La momia del titanic* (2014), en la cual la acción se desarrolla en abril de 1912. El contexto histórico es tan importante que de 13 capítulos que componen la novela, los primeros seis son utilizados para establecer con detalle la exposición y el marco argumentativo donde surgen los conflictos que después darán lugar a la acción y lógicamente a la investigación de los jóvenes detectives. La novela empieza con un extraño prólogo en que se narra el caso de catalepsia de una joven que en principio no parece estar conectado al resto de la historia. El capítulo 1, titulado “El viaje de Hércules” nos introduce en el hogar de la familia Miller, el apellido original de Agatha Christie antes de casarse. Los Miller son una familia adinerada de la aristocracia inglesa y su mayordomo, Hércules, se dispone a marcharse a Nueva York a bordo del Titanic, en su viaje inaugural. Agatha discute con su madre porque ésta es muy supersticiosa y le ha dado una pata de conejo a Hércules para que le proteja de los malos augurios con la justificación de que un matrimonio de Mentalistas dedicados a las ciencias ocultas, los Zancig, se la habían facilitado. De esta manera, la novela empieza haciéndose eco de uno de los temas que suscitaron el máximo interés en la sociedad londinense de principios de siglo: el espiritismo, del cual Sir Arthur Conan Doyle fue uno de los defensores más renombrados.

En el capítulo 2, Agatha y Alfred tienen precisamente una cita con Sir Arthur para visitar la nueva exposición sobre Egipto en el Museo Británico. Sir Arthur no solo es el vecino de la familia Miller sino también un gran amigo de los niños que les facilita el acceso y el contacto con todo tipo de celebridades. En este caso, les presenta a Howard Carter, el arqueólogo que años después encontraría la tumba de Tutankamón. Una vez en el Museo, todos juntos visitan varios hallazgos entre los que se encuentran la momia del gato Omizú, de más de siete mil años, y el sarcófago de las princesas Amon-Ra. Y aquí surge de nuevo el tema de la superstición relacionado con una maldición que advertía de que todo aquel que se convirtiera en dueño de ese sarcófago caería en desgracia. Esta era una creencia muy arraigada en la sociedad de la época y el libro se esfuerza en explicar lo que le ocurrió a los arqueólogos que descubrieron la momia por primera vez. El caso es que el famoso periodista William Thomas Stead, y esto es un dato histórico verificable, había comprado la momia y se la llevaba a Nueva York al día siguiente al bordo del Titanic.

En el capítulo 3, aparece el otro amigo íntimo de Sir Arthur, Bram Stoker, otro intelectual también entusiasta del antiguo Egipto. Se hace por supuesto referencia a su novela *La joya de las siete estrellas* y también a *Drácula*. En este capítulo Sir Arthur se lo presenta a los niños y se hace especial hincapié en que su estado de salud es delicado. El Sr. Stoker además le anuncia a Sir Arthur que hay algo que le preocupa y que le gustaría hablar con él esa misma

tarde. A continuación, en el capítulo 4, asistimos a uno de los puntos centrales del libro que es el show de los Zancig. Los carteles mostraban en grandes letras: “Conozca el poder del mentalismo. Descubra lo que nuestra ciencia puede hacer por usted” (Campoy, 2014: 58). El joven Alfred, algo escéptico, le pregunta a Sir Arthur: “¿Cree en serio que lo que hace esa gente se basa en la ciencia?” (Campoy, 2014: 54) y es interesante que éste le contesta: “Por supuesto, amigo. El que haya cosas incomprensibles no significa que no existan. El ser humano aún no ha desarrollado una tecnología suficiente como para comprenderlas. Pero eso no quiere decir que no ocurran” (Campoy, 2014: 54).

Durante el espectáculo, los Zancig hacen varios números de magia y convencen a todos de su poder, “el poder de la mente,” y de la capacidad de Sheela, una de sus colaboradoras, para hablar con los muertos. Sir Arthur lo denomina “la ciencia del futuro.” Lo más curioso es que al final del show, los Zancig vaticinan que una gran desgracia está a punto de ocurrir. Es entonces cuando un día después, ya en el capítulo 5, se anuncia la tragedia del hundimiento del Titanic. La señora Miller, muy consternada, informa a Agatha después de leer el titular en el *Daily Mirror*, el primer periódico inglés que dio la noticia. Y es aquí cuando surge el primer conflicto. La madre cree que todo puede haber pasado porque Hércules al final olvidó llevarse la pata de conejo y Agatha, mucho más serena y coherente exclama: “Oh, mamá, ¡no digas tonterías! ¿Crees en serio que los Zancig podían prever que el Titanic... (podría hundirse)?” (Campoy, 2014: 82). Finalmente, en el capítulo 6, los niños se enteran de otra triste noticia: Bram Stoker acaba de morir y lo ha hecho en extrañas circunstancias gritando que había un fantasma en su habitación. (Su muerte se corrobora con los archivos históricos que efectivamente certifican que el escritor murió 4 días después del hundimiento del Titanic).

Como vemos, los hechos históricos se mezclan con la ficción y dan lugar a un relato plausible. Lo que hace Ana Campoy entonces es añadirle los elementos necesarios para convertirlo en una novela de detectives para niños en la que Alfred y Agatha han de desvelar el misterio y la verdad sobre el matrimonio Zancig: ¿Tienen realmente la capacidad de adivinar el futuro? ¿Es verdad que pueden leer la mente de las personas y hablar con los muertos? El resto de la historia es sin duda la parte con más suspense y cuando los niños realmente inician su labor como detectives: buscan pruebas, interrogan a las personas que consideran clave para aportarles nuevas perspectiva de los hechos e incluso se enfrentan a Sir Arthur, fiel defensor del espiritismo, que se resiste a creer que el show de los Zancig pueda ser una burda farsa para enriquecerse. En este sentido, es significativo como el narrador indica en varias ocasiones que los jóvenes detectives siempre tratan de “analizar la situación de la manera más racional posible” o como su intención es sobre todo mostrar la verdad por el bien de la sociedad. Al final, la única manera de probar que están en lo cierto es descubrir el engaño de los Zurig durante su propio show. ¿Lo lograrán? Alfred y Agatha son representados como detectives intrépidos capaces de encajar todas las piezas del puzle y alcanzar sus objetivos.

En definitiva, esta colección de Alfred y Agatha se distingue principalmente por su contribución a proyectar una dimensión imaginaria de la vida y la infancia de dos personajes tan célebres como Agatha Christie y Alfred Hitchcock. Si se valora en base a su rigor histórico y a los hechos ocurridos, el argumento es original y constituye una ventana hacia el pasado donde la literatura se mezcla con la vida y produce una perspectiva innovadora de lo que pudieron ser

aqueños años del principio del Siglo XX para estos personajes. En relación a su aproximación al género detectivesco, muestra la versatilidad del género y es aquí, además, donde puede radicar la clave y el atractivo para atraer a los lectores más jóvenes que pueden disfrutar con toda probabilidad de las aventuras narradas. Para los adultos, sin embargo, el máximo interés, como ya hemos discutido, radica en la construcción de un nuevo imaginario colectivo, pero es aquí donde la serie quizá falle en dotar a los protagonistas de una personalidad más desarrollada en la que las experiencias vividas produzcan pensamientos o reflexiones más críticas que conduzcan a planteamientos más profundos y posibiliten un diálogo o un contraste con la sociedad circundante. No por tratarse de literatura infantil, la serie debe dejar de ofrecer la oportunidad de que el lector desarrolle la dimensión crítica de su competencia literaria.

BIBLIOGRAFÍA

CAMPOY, A. (2014). *Las aventuras de Alfred y Agatha: La momia del Titanic*. Barcelona: Edebe.